

## ACTO 1, ESCENA 2

Si me permiten que atraviese la cuarta pared, me llamo **Hazie Coogan**.

No tengo vocación de dama de compañía a sueldo, ni tampoco de ama de llaves profesional. Ahora que soy vieja mi rol es fregar las mismas ollas y cazos que ya fregué en mi juventud —he hecho las paces con ese hecho—, y aunque ella no los ha tocado ni una sola vez en la vida, esas ollas y cazos siempre han pertenecido a la majestuosa y gloriosa actriz de cine, la señorita **Katherine Kenton**.

Todos los días me compete a mí prepararle un huevo duro poco hecho. Encerarle el suelo de linóleo de la cocina. La tarea interminable de sacar el polvo y bruñir la cantidad nada desdeñable de objetos decorativos y baratijas con baño de oro que le han sido concedidos a modo de premios a la señorita Katie, ese trabajo también me toca a mí. Pero ¿acaso soy la sirvienta de la señorita **Katherine Kenton**? No más de lo que el carnicero hace de sirvienta del corderito.

Mi propósito es imponer orden en el caos de la señorita Kathie... infundirle disciplina a su legendario carácter caprichoso de artista. Soy la persona a la que **Lolly Parsons** se refirió una vez como un «espinazo de alquiler».

Aunque puede que sea yo quien pasa el aspirador por la casa de la señorita Kathie y hace los pedidos a la tienda de comestibles, mi verdadero cargo profesional no es tanto mayordomo como cerebro en la sombra. Puede dar la impresión de que la señorita Kathie es mi jefa, en el sentido de que pa-

rece darme dinero a cambio de mi tiempo y mi trabajo, y en que ella se relaja y florece mientras yo me esfuerzo; pero usando esa misma lógica, se podría argumentar que el granjero es el empleado de la gallina joven y del colinabo.

La elegante **Katherine Kenton** es mi dueña en la misma medida en que el piano es el dueño de **Ignace Jan Paderewski**... parafraseando a **Joseph L. Mankiewicz**, que me parafraseaba a mí, que soy quien dijo e hizo la mayoría de esas cosas inteligentes y deslumbrantes que más tarde contribuyeron a hacer famosa a otra gente. Es por eso por lo que puedo decir que ya me conocen ustedes. Si han visto ustedes a **Linda Darnell** en el papel de camarera de bar de carretera para camiones, colocándose un lápiz detrás de la oreja en *¿Ángel o diablo?*, ya me han visto a mí. La Darnell me robó a mí ese detalle. Igual que **Barbara Lawrence** cuando soltó esa risa suya parecida a un rebuzno en *Oklahoma*. Ha habido tantas grandes actrices que me han mangado mis gestos más efectivos, y también la precisión de mi habla, que ya han visto ustedes partes de mí en las interpretaciones de **Alice Faye** y de **Margaret Dumont** y **Rise Stevens**. Reconocerían ustedes fragmentos de mí —una ceja enarcada, una mano nerviosa que juguetea con el cable de un auricular de teléfono— en incontables películas de antaño.

No se me escapa la ironía del hecho de que, mientras que **Eleanor Powell** se atribuye mi rasgo distintivo en materia de moda, que es llevar numerosos lacitos de pequeño tamaño, ahora yo hago gala de las rodillas rojas de una mujer de la limpieza y de las manos hinchadas de una fregona. Un bromista tan ilustre como **Darryl Zanuck** me dijo una vez en tono despectivo que yo parecía **Clifton Webb** con falda a cuadros escoceses. **Mervyn LeRoy** difundió el rumor de que yo era la hija ilegítima secreta de **Wally Beery** y su frecuente partenaire en las películas, **Marie Dressler**.

En la actualidad, las obligaciones habituales de mi cargo incluyen descongelar la nevera eléctrica de la señorita Kathie y plancharle las sábanas, y sin embargo mi cargo no es el de

lavandera. No trabajo en el ramo de la cocina. Tampoco tengo vocación de sirvienta doméstica. Mi vida está mucho menos dirigida por **Katherine Kenton** de lo que la vida de ella lo está por mí. Es posible que las demandas y necesidades diarias de **Katherine Kenton** determinen mis actos, pero solo en la misma medida en que los límites de un coche de carreras dictan los de su piloto.

Soy mucho más que una mujer que trabaja en una fábrica que produce a la siempre deslumbrante **Katherine Kenton**. Soy la fábrica misma. Las palabras que escribo aquí no me convierten en un simple cámara o director de fotografía; soy la lente misma: favoreciendo, acentuando, distorsionando... registrando cómo va a recordar el mundo a mi coqueta señorita Kathie.

Y, sin embargo, mi especialidad no son los hechizos. Son los hechos.

La señorita Kathie apenas tiene que hacer ningún esfuerzo para ser ella misma. El grueso de ese trabajo manual lo realizo yo, en tándem con un ejército de fabricantes de pelucas, cirujanos plásticos y dietistas. Desde que ella firmó su primer contrato con los estudios, yo me he ganado la vida peinando y acicalando su pelo a menudo rubio, a veces moreno y ocasionalmente rojo. He adiestrado su dulce tono de voz para que todo lo que ella diga sugiera una línea de diálogo que le hubiera escrito **Thornton Wilder**. No hay nada innato en la señorita Kathie, salvo el color violeta casi sobrenatural de sus ojos. A ella le corresponde el trono, situado en el mismo panteón de hielo que los de **Greta Garbo** y **Grace Kelly** y **Lana Turner**, pero soy yo quien levanta el peso considerable que la mantiene allí en lo alto.

Y aunque la meta de toda sirvienta doméstica bien entrenada sea parecer invisible, esa es también la meta de todo marionetista hábil. Bajo mi control, la casa de la señorita Kathie parece dirigirse a sí misma sin problemas, y da la impresión de que es ella quien gobierna su propia vida.

No es que yo tenga el cargo de enfermera, ni de sirvienta, ni de secretaria. Tampoco ejerzo de terapeuta profesional ni

de chófer ni de guardaespaldas. Pero aunque mi cargo profesional no sea ninguno de los anteriores, yo desempeño todas esas funciones. Todas las noches corro las cortinas. Saco a pasear al perro. Cierro las puertas con llave. Desconecto el teléfono, me aseguro de que el mundo de fuera se quede donde le corresponde. Sin embargo, mi trabajo cada vez en mayor medida consiste en proteger a la señorita Kathie de sí misma.

Corte a un interior, de noche: vemos la lujosa alcoba de **Katherine Kenton**, inmediatamente después de la cena de sociedad de esta noche, mientras mi señorita Kathie permanece detrás de la puerta cerrada con llave de su cuarto de baño anexo. Fuera de plano oímos el susurro de la ducha y los chapoteos de un baño en pleno curso.

Pese a las especulaciones populares, la señorita **Katherine Kenton** y yo no disfrutamos de lo que **Walter Winchell** llamaría una «amistad de meterse los dedos». Ni tampoco nos permitimos esa conducta que haría que la revista *Confidential* nos calificara de «muchachas tenorias», o que **Hedda Hopper** describe como «chuparse el morro rosado». Los deberes de mi cargo profesional incluyen echar un **Nembutal** y un **Luminal** en el cuenco de esmalte chino que la señorita Kathie tiene encima de la mesilla de noche. A continuación llenar un vaso de diseño anticuado con cubitos de hielo hasta arriba y echarle un trago corto de whisky gota a gota por encima del hielo. Rematar la copa con otro trago corto. Y por fin rellenar el vaso con soda.

Sobre la mesilla de noche no hay nada más que una pila de guiones. Una pila tambaleante de guiones mandados por **Ruth Gordon** y por **Garson Kanin**, pidiéndole a mi señorita Kathie que regrese a las tablas. Suplicádoselo, de hecho. Entre ellos hay musicales hipotéticos de Broadway con los actores disfrazados de dinosaurios o de **Emma Goldman**. Una versión en forma de largometraje de animación de *Macbeth* de **William Shakespeare**, interpretada por cachorros de animales. Para que ella haga de voz en off. El eslogan: una mezcla de **Bertolt Brecht** con **Lerner and Loewe** y una pizca de

**Eugene O'Neill.** Las páginas amarillean y se doblan, manchadas de whisky escocés y de humo de cigarrillos. El papel marcado por los aros marrones que van dejando las tazas del café solo de la señorita Kathie.

Repetimos este mismo ritual todas las noches, después de cualquier cena de sociedad o inauguración a la que mi señorita Kathie haya asistido. Cuando volvemos a su casa, le suelto el broche que tiene en la parte de arriba del vestido y le bajo la cremallera. Le enciendo el televisor. Le cambio el canal. Le vuelvo a cambiar el canal del televisor. Vacío el contenido de su bolso de noche sobre la colcha de satén de la cama: el pintalabios **Helena Rubinstein** de la señorita Kathie, las llaves y las tarjetas del banco, y se lo vuelvo a meter todo en el bolso de día. Le pongo las hormas dentro de los zapatos. Le sujeto con alfileres la peluca de color caoba a la cabeza de **espuma de poliuretano**. A continuación enciendo las velas con aroma a vainilla que tiene alineadas en la repisa de la chimenea de su dormitorio.

Mientras mi señorita Kathie hace sus cosas al otro lado de la puerta del cuarto de baño anexo, en medio del borboteo y del vapor de su baño, su voz se oye monótona a través de la puerta: *ladrido, mugido, maullido...* **William Randolph Hearst.** *Gruñido, chillido, gorjeo...* **Anita Loos.**

En el centro de la colcha de satén está despatarrado su pequinés, **Amoroso**, en medio de un desparrame de envoltorios arrugados de papel, de las dos mitades de cartón de una caja de bombones en forma de corazón, con varias rosas plisadas de seda y brocado de color rosa grapadas a la tapa de la caja, y los pliegues plisados del encaje cayendo como flecos por los bordes de la caja. La vaporosa colcha de satén rojo de la cama está cubierta de este desparrame de cosas: los envoltorios huecos de los bombones y el pequinés despatarrado.

Del bolso de noche de la señorita Kathie caen su encendedor, un paquete de cigarrillos Pall Mall, su pastillero diminuto recubierto de rubíes y turmalinas y lleno de pastillas de **Tuinal** y **Dexamyl** que traquetean en el interior. *Ladrido, cloqueo, graznido...* **Nembutal.**

*Rugido, relincho, rezongo...* **Seconal.**

*Maullido, gorjeo, mugido...* **Demerol.**

Por último cae una tarjeta blanca, revoloteando. Se posa en la cama, un tarjetón grabado de los que había en la mesa de esta noche. Sobre el fondo blanco del tarjetón, en gruesas letras negras, el nombre **Webster Carlton Westward III.**

Lo que **Hedda Hopper** llamaría a este momento —«una vida entera en Hollywood»— expira.

La imagen se congela. Un plano inserto de la pequeña tarjeta blanca tirada sobre la cama de satén, junto al perro inerte.

En la televisión, mi señorita Kathie está interpretando el papel de la reina **Isabel I de España**, que se ha escapado de sus obligaciones reales en la **Alhambra** para echarse unas vacaciones rápidas en **Miami Beach**, fingiendo que es una simple bailarina de circo a fin de conquistar el corazón de **Cristóbal Colón**, interpretado por **Ramon Novarro**. La imagen pasa por corte a una breve aparición como invitada de **Lucille Ball**, por cortesía de la **Warner Bros.**, que interpreta a la rival de la señorita Kathie, la reina **Isabel I de Inglaterra**.

He aquí la historia de Occidente entera, convertida en la puta de **William Wyler**.

Al otro lado de la puerta del cuarto de baño, bajo el chorro de agua caliente, mi señorita Kathie sigue hablando: *Ladrido, rebuzno, rezongo...* **J. Edgar Hoover**. Yo intento oír su cháchara.

Cuelgan flecos del borde de la colcha de satén rojo, del dosel de la cama, del volante de la ventana. Todo está tapizado de terciopelo rojo, terciopelo labrado. El papel de pared, pintado con relieve de terciopelo. Las paredes de color escarlata, almohadilladas con botones y abarrotadas de espejos estilo **Luis XIV**. Las lámparas, atiborradas de cuentas de cristal y cargadas de cositas resplandecientes. La chimenea, de ónice y de cuarzo rosa labrado. Todo transmite una sensación de aislamiento y de silencio tan intensa que casi parece que estés durmiendo bien arropado en las profundidades de la vagina de **Mae West**.

Las molduras y adornos de la cama de cuatro postes han sido bruñidos hasta el punto de que la madera parece mojada. Tirados sobre ella, los envoltorios de bombones, el perro, el tarjetón.

**Webster Carlton Westward III**, el espécimen americano de los ojos de color castaño luminoso. Ojos de color zarzaparrilla. El joven que estaba sentado en la otra punta de la mesa de la cena de esta noche. Un número de teléfono escrito a mano, con prefijo de **Murray Hill**.

En la televisión, **Joan Crawford** está entrando por las puertas de **Madrid**, vestida con un atuendo de gasa de harén, con los brazos extendidos hacia delante y llevando en las manos una cesta de mimbre llena hasta los topes de patatas y puros cubanos, con los brazos y piernas desnudos y la cara pintados de un tono oscuro que sugiere que es una esclava maya capturada. El subtexto es que o bien la Crawford trae la sífilis o bien es una caníbal en secreto. El botín contaminado del Nuevo Mundo. Una concubina. Tal vez sea una azteca.

Esa ligera elevación de uno de sus hombros desnudos, ese encogimiento de hombros desdeñoso de la Crawford, es otro gesto característico que me robó a mí.

Encima de la repisa de la chimenea cuelga un retrato de la señorita Katherine hecho por **Salvador Dalí**. El cuadro emerge de una espesura de invitaciones grabadas y fotografías con marco de plata de toda una serie de hombres que **Walter Winchell** llamaría sus «des-maridos». Sus ex maridos. El retrato de mi señorita Kathie tiene las cejas arqueadas en expresión de sorpresa, pero las pestañas enormes caídas, los párpados casi cerrados de aburrimiento. Las manos extendidas a ambos lados de la cara, con los dedos desplegados desde sus famosos pómulos para desaparecer en su cardado de estrella de cine de pelo de color caoba. Su boca a medio camino entre una risa y un bostezo. **Valium** y **Dexedrina**. **Lillian Gish** y **Tallulah Bankhead**. El retrato emerge de entre las invitaciones y las fotografías, las fiestas del futuro y los matrimonios del pasado, las velas chisporroteantes y los cigarrillos agonizantes aplasta-

dos en ceniceros de cristal, de los que se eleva un hilillo de humo blanco que asciende en forma de volutas arremolinadas como de incienso. Un altar a mi **Katherine Kenton**.

Yo, la guardiana eterna de esta capilla. No tanto una sirvienta como una alta sacerdotisa.

En lo que Winchell llamaría un «minuto de Nueva York», me llevo el tarjetón a la chimenea. Lo dejo suspendido encima de una vela hasta que se pone a arder. A continuación meto un brazo en la chimenea, en las profundidades de la cavidad abierta de ónice rosa labrado y cuarzo rosado, y me pongo a tantear en la oscuridad hasta que mis dedos encuentran el regulador de tiro y lo abren. Sosteniendo el tarjetón blanco **Webster Carlton Westward III**, retorciéndolo en el tiro de la chimenea, miro cómo la llama devora el nombre y el número de teléfono. Aroma a vainilla. La ceniza cae sobre el hogar frío.

En el televisor, **Preston Sturges** y **Harpo Marx** aparecen en escena caracterizados de **Tycho Brahe** y **Copérnico**. El primero argumentando que la Tierra gira alrededor del Sol y el segundo que el mundo en realidad orbita alrededor de **Rita Hayworth**. La película se titula *La armada del amor*, y **David O. Selznick** la filmó en el plató de atrás de la **Universal** aquel año en el que, de cada dos canciones que ponían en la radio, una era **Helen O'Connell** cantando «**Bewitched, Bothered and Bewildered**» con el acompañamiento de la orquesta de **Jimmy Dorsey**.

La puerta del cuarto de baño se abre de golpe mientras la voz de la señorita Kathie dice: *ladrido, gañido, cloqueo...* **Maxwell Anderson**. Su pelo a lo **Katherine Kenton** envuelto en el turbante de una toalla de baño blanca. Su cara cubierta de una máscara de pulpa de aguacate y jalea real. Atándose el cinturón de su albornoz con fuerza alrededor de la cintura, mi señorita Kathie se queda mirando el pintalabios que hay tirado sobre su cama. El encendedor y las llaves y las tarjetas del banco, o todo tirado de cualquier manera. El bolso de noche vacío. Su mirada flota hacia mí, que estoy de pie junto a la chimenea, donde las llamas de las velas se elevan

bajo su retrato, bajo la formación de «des-maridos», bajo las invitaciones, todas esas obligaciones de divertirse en el futuro, y –por supuesto– bajo las flores.

Colocadas sobre ese altar que es la repisa, siempre hay flores suficientes para montar una luna de miel o un funeral. Esta noche tenemos un voluminoso arreglo floral de crisantemos araña blancos, azucenas blancas y ramilletes de orquídeas amarillas, tan luminoso y recargado como una nube de mariposas.

La señorita Kathie aparta con una mano el pintalabios, las llaves y el paquete de cigarrillos y se sienta en la cama de satén, en medio de los envoltorios de los bombones, y dice:

–¿Acabas de quemar algo?

**Katherine Kenton** todavía es de esa generación de mujeres que cree que la forma más sincera de halago es la erección masculina. Yo siempre le digo que en la actualidad las erecciones no son tanto un cumplido como el resultado de algún avance médico. Glándulas de mono transplantadas, o una de esas nuevas píldoras milagrosas.

Como si a los seres humanos –y en particular a los hombres– les hiciera falta otra manera de mentir.

Yo le pregunto si ha perdido algo.

Sus mirada de ojos de color violeta flota hacia mis manos. Acariciando a su pequinés, **Amoroso**, pasándole una mano al perro por el largo pelo, la señorita Kathie dice:

–Estoy tan cansada de comprarme flores a mí misma...

Yo tengo las manos manchadas de negro y todas sucias de coger el asa del regulador de la chimenea. Manchadas del hollín del tarjetón quemado. Ahora me las limpio en los pliegues de mi falda de tweed. Le digo que solamente estaba quemando algo de basura. Incinerando un simple desperdicio sin ninguna importancia.

En la televisión, **Leo G. Carroll** está de rodillas mientras **Betty Grapple** le corona como el emperador Napoleón Bonaparte. El papa Pablo IV es **Robert Young**. **Barbara Stanwyck** interpreta a **Juana de Arco** mascando chicle.

Mi señorita Kathie se mira a sí misma hace siete divorcios –lo que Winchell llamaría «Reno-vaciones»– y hace tres liftings faciales, mientras restriega sus labios contra los de Navarro. Un espécimen que Winchell llamaría «Selvático». Igual que el marido de **Dorothy Parker**, **Alan Campbell**, un hombre al que **Lillian Hellman** llamaría un «marica cabrón». Mimando a su pequinés a base de caricias largas, la señorita Kathie dice:

–La saliva le sabía a las pollas húmedas de diez mil camioneros solitarios.

Al lado de su cama, la mesilla de noche formada por un millar de sueños esperanzados, esa pila de guiones en equilibrio, sirve de soporte a un par de barbitúricos y un whisky doble. La mano de la señorita Kathie deja las caricias y le rasca el hocico al perro; el pelo de esa parte se le ve oscuro y apelmazado. Ella aparta el brazo y la toalla se le cae de la cabeza, seguida de su pelo, mustio y gris, con el cuero cabelludo rosado asomando entre las raíces. La sorpresa hace que se agriete su máscara verde de aguacate.

La señorita Kathie se mira la mano y se ve los dedos y la palma goteando y manchados de color rojo oscuro.